

TOQUE DE QUEDA
PREMIO IBEROAMERICANO DE LA
DÉCIMA “CUCALAMBÉ” 2005

Carlos Esquivel

*Oh Dios, no lloréis
que dais dolor.*

Gil Vicente

*Sólo tengo la lejanía, el sol que me consume,
y unos muros: mi carne.*

Paul Celan

1

Todos los caminos conducen al hogar, cada paso es un nacimiento. Cada paso es una muerte. Cada tumba es una madre.

Herman Hesse

AL PARTIR

¿Hay que irse para experimentar una agonía como la de La Avellaneda: el vacío y la hartura, el tiempo y la huida del tiempo? Emilio García Montiel me lo justificó de otra manera: *Hay que usar estrategias y engañarse creyendo, o haciéndote creer, que te has ido sin haberte ido, que te has quedado siempre donde mismo.*

Náufrago en mi dolor la patria escapa
por un himno del agua como tumba,
y vuelve a mi cobijo y se derrumba
el pez que me descubre sobre un mapa.

No me salva morir, nunca me atrapa
la piedra (o el abismo), si mi ausencia

no clama ni es feliz en la paciencia
del hijo sin la madre que lo aísla,

aunque pueda morir con otra isla,
sembrada para siempre en mi inocencia.

ÚLTIMOS DÍAS DE UNA CASA

Una casa es como un país. La Loynaz. 9 de marzo de 1981. Una carta a Julio Orlando Martínez Malo.

La casa es como un país
abarrotado de ausencia.

La casa me diferencia
de la nieve cuando es gris.

La casa es mi cicatriz
desde algún barco remoto.

La casa es el puente roto,
y es el vino, y es el pan.

Es los muertos que no están
pero viven en la foto.

La casa es como un cuchillo
que despedaza por dentro,
es mi madre sobre un centro
de pesadumbre, es el trillo
hacia el pobre molinillo
donde mi padre invisible
teje un himno, es la creíble
caída de toda nieve,
es la libertad tan breve,
es otro viaje imposible.

La madre, el padre, el arroz,
ellos son también la casa,
y humedecen una masa
para el invierno de Dios.

La casa tiene mi voz,
mi silencio y mi visaje
hasta un país sin paisaje.

Acaso queda en el rezo
carcomido como un hueso.
O en el pesebre del viaje.

El perro que no murió,
la nube por ese hermano
si no supo desde el piano
la casa que lo inventó.

Mi padre siempre partió
en busca de un acertijo.
Ya era casa, ya era el hijo
sobre la ausencia fingida.

Casa: dolor y partida,
todo en el mismo amasijo.

Casa: lugar de la ausencia
que fluye y jamás me nombra.
Siempre habitas una sombra
que el extravío sentencia.
Los nombres de mi existencia
ya no van a detenerte.
Existe una casa inerte,
una lámpara, una nube:
son cosas que siempre tuve
y las llevará la muerte.

Y qué dejé sin olvido
en el Dios que balbuceaba:
¿un mar? Pero el mar se acaba.
¿Acaso quedó el sonido
de una isla que ha dormido?

Todo es un viaje otra vez.
Todo es ser casa y después
ser casa para ese olvido.
Como el hombre que ha fingido
ser su casa en la vejez.

Casa: ante ti sólo queda
polvo del sueño lejano
y una foto sobre el piano
perdido entre la humareda.
Casa sin mí, qué nos queda:
una cruz, el cuerpo fijo,
un tiempo que nos maldijo,
y lo que di al universo:
mi única forma del verso,
la casa, un árbol, y el hijo.

CUERO DEL HIJO/ DERRUMBES

El miedo a tener valor es el peor de los temores. Diario del General Berceo. El miedo es la insinuación de una autoridad terrestre (Doctrina de Proudhom). El miedo estaba en su rostro y se entremezclaba con su valor, el resultado era un hombre que iba a morir enganchado por sus pensamientos. Un suicida. (Hemingway, de una crónica para el Toronto Star). El miedo fue mi único aliado en la travesía. (Declaración a la prensa de Robert E. Peary, explorador norteamericano después de descubrir el Polo Norte, el seis de abril de mil novecientos nueve). El miedo de los numantinos a tener miedo era más importante que todo el valor de los hombres de Escipión. (Apuntes de Sertorio).

I

Tengo miedo a Madrid,
 un miedo a Banes
 y al cazador que cruza
 como el trigo del sueño no lejano y enemigo.
 Miedo a la boca fresca
 y a los manes de Heráclito en el salto.
 No me ganes el fénix de carbón
 y una cuchara con el dedo baldío
 que robara por mí las piedras rojas del infierno.
 No ganes la pared,
 el miedo eterno y un círculo del odio
 en quien dispara.

II

Tengo miedo a la bala de escasez y al sitio
 numeroso del gusano, a la sopa dormida
 en el hermano que dobla sus espaldas al envés.
 Tengo miedo al dragón
 que nunca ves en la cena prohibida
 y luego asecha, remoto con el queso
 y su cosecha. Tengo miedo a La Habana
 y al sonido que quiere la navaja de mi olvido:
 pero el miedo me teme
 y me desecha.

ESPAÑOL DE BURGOS. 6 DE OCTUBRE DE 1896

¿Pensé en eso o realmente me interesaba jugar con un tema afín a la rabia de Dylan Thomas?

I

Me hunden todos los puñales
y sangro
con odio simple, como el hijo que maldije
por su heroísmo culpable.
Sangro con la espada
de alguien a quien no vi defenderse.
Vivo como un inocente en la forma de
esa espada, o es que Dios
ya no me ampara y me ha dejado
sin muerte.

II

No sangro con la tormenta, ni si me cortan
en dos,
aunque penetre feroz la espada
que me revienta.
Quizás la muerte ya inventa los cielos
artificiales,
quizás me tienten las sales por alguna
noche indigna,
y yo sangre una consigna sobre los muertos finales.

IMITACIÓN DE YUGO Y ESTRELLA

Deja que huya llorando el ciervo herido/ y el corzo juegue ileso,/ uno ha de estar en vela, otro dormido:/ el mundo siempre es eso./ Shakespeare: Hamlet.

Sólo nos salva el mar
y alguna estrella lejana de la noche y su fortuna,
y esa carne final que no es la luna del hijo
condenado por su huella.
No nos salvará el yugo
en la querrela de la madre al abrir
todos los puertos, ni los héroes vencidos
o despiertos para un círculo de humo con la nada.
No nos salvan los peces
ni una espada, ni el hijo que camina
hacia los muertos.

CONDENACIÓN DE MANUEL GARCÍA. FOTO DE LAMENTO

La equivocación de la mayoría de los héroes fue que nunca aprendieron a equivocarse (Clignet de Brebant, líder de la batalla de Azincourt y de una decena de duelos, entre ellos el llamado “Por el honor”, que enfrentara a siete caballeros ingleses contra siete caballeros franceses, el 19 de mayo de 1402, en Burdeos.

Héroes de la patria: amigos y enemigos,
me condena el aire, y una cadena sobre los pies.
Los testigos adornan estos castigos y celebran.
Aunque roce con los vencidos mi pose de condenado
rugoso,
es un busto silencioso que la patria desconoce.

Es probable que padezca todo el frío fugitivo
de la madre y esté vivo y sin luz
cuando amanezca. Es probable
que no crezca,
que tenga un nombre reciente, la isla
o el viejo puente por donde pasan
confusas hacia ciudades difusas
las culpas del inocente.

¿A quién condenan: al hijo de la madre desmesura,
o al padre de una armadura divina?
¿A quien los maldijo en la autonomía
y dijo: “Vivo de figuraciones y de los supuestos
dones que salvan”? ¿A quien se ahoga
en el baile de una soga tardía?
Las maldiciones hermanan
los prisioneros que van a morir.
Un linde traza al hombre que se rinde
con sus propios desesperos.
El rey de los bandoleros soy,
un tal Manuel García, una canción
me vacía al condenado.
No asombre si ven respirar a un hombre
sobre las cruces del día.

Soy Manuel García. (Se apura el verdugo).
No respiro,
no me inventa lo que miro detrás:
la tarde es oscura y un odio de Dios
supura en mis venas el desaire.
Soy un ladrón con donaire o estoy dormido
y no es cierto que yo sea un hombre muerto
pudriéndome sobre el aire.

Yo sé que Dios no me espera.
No tengo una luz
por dentro,
salgo de la muerte a un centro de lámparas.
Si me abriera una carne
que yo fuera sin madre aún
como abrigo. (Estoy sangre y enemigo de quien
mi cuerpo padece). Estoy sin luz,
amanece,
y Dios no vive conmigo.

Un nombre tuve,
no sé si ese nombre era terrible,
si tenerlo era posible y frágil,
como la fe.
Tuve un nombre,
lo olvidé. Tuve un tiempo,
algún mendrugo de pan, una noche,
un yugo, el gemido en la moneda.
Tuve todo
y sólo queda mi cabeza ante el verdugo.

A MI MADRE

Julián del Casal, pero también yo. Una noche de 1989 y, después, algunas noches más, yo volaba lejos sin saber si volvería a ver a mi madre otra vez.

*Se fue reduciendo
a un metal volante con los bordes
asaltados por la brevedad de las llamas,
a la evaporación de una pequeña
taza de café matinal,
a un cabello.*

J.L.L

Porque pude vagar como ahora vago
sin la blanca verdad en aquel hijo
que fúnebre pasó del acertijo
a la noche tendida sobre un clavo.

Y aunque pueda morir yo nunca acabo
la foto del silencio y la caída.

Socavan otras piedras al suicida
que pasa sobre mí pero no quema.

Hoy la madre se esparce en el poema
y mi grito no alcanza su partida.

NIÁGARA

Dolor mío, pero de qué. ¿Dolor de no ver al Niágara, límpido y majestuoso? ¿O, acaso, dolor de no ver a Heredia frente al Niágara? La segunda imagen, esa prefiero.

Yo me doblo tranquilo ante tus huesos
de mar, aunque estremezcan las montañas
las luces de tus olas, tan extrañas
como el nombre del ángel y los rezos
o la nube danzante sobre presos
arrecifes de Dios.

Saltan los ríos,
lejanos de la patria, pero míos
y de la sangre libre que confunde
al naufragio que salva con el que hunde
países, inocencias, extravíos.

Y acaso divisar lo oscuro puedo,
el ave al cazador que le dispara,
un huracán sin nombre si me atara
violento como Eneas hacia el miedo.

En el pan de la roca que no cedo,
el ojo se consagra perseguido
a una nota del mar que es sólo un ruido
de culpa inmemorial al que me inmolo.

En el vientre del pez que canta solo
yo vivo para ti como un aullido.
Lejana de las fotos tu corriente
retumba tras el hielo y me respira
una madre que nubla la mentira
y un viento que se esconde en el torrente.

Tú brotas una espada tan reciente
como el muerto de Roma en la marea,
y me envuelve una isla que no humea
la boca del reloj en su reposo:
en la hierba, en la sangre, y en el foso,
en el dios solitario que te crea.

Al perderse tu sangre en el *oceano*,
herido en la memoria del papel,
a veces el traidor o el hijo fiel
sangran aunque el cuchillo no es humano.

Qué hay después de los dos: polvo y gusano,
aire, tiempo, ciudad, y unos pequeños
arcos de una bandera ya sin dueños.

El alma te navega con mi suerte,
sabiendo que confundo con la muerte
el asco, mi dolor, todos los sueños.

LOS TÁLAMOS Y EL TRUENO

Conociste de todas la peor ignominia,/ la de ser de carne y hueso.

Yeats

Nunca viene la tormenta,
nunca vuelven los guerreros
a salvarnos el sendero
de la madre que no asecha.
No vuelve el hijo y destierra
su deshielo otro velamen,
y en la pólvora ya nadie
del odio feliz me purga.
Izan la bandera y nunca
veo volver a mi madre.

La piel es fría y abraza
como una fiebre tan simple,
y adentro reposa y finge
el delirio de mi espada.
No voy a perder la escama
de los nombres que me acosan.
Una brújula rabiosa
busca después de la tarde.
Pero no veo a mi madre,
sólo frío, sólo sombras.

TESTAMENTO DEL PEZ

Le escribí a Gastón Baquero una carta que le entregaría un amigo. Lo admiraba, eso era un lugar común. Lo había imitado, era otro lugar común. Le enviaba pruebas que daban fe de mis admiraciones e imitaciones. Le pedía una opinión, por cruel que fuera. Nunca me contestó.

Hueles a una sustancia
más azul que el naufrago en un punto
de la bruma y tu nombre profundo
no se esfuma con un aire extranjero sobre el tul.
Me hieres con la espada de Saúl, y la sangre en fervor
no me extermina. Como una foto breve
en esa esquina, la rápida ciudad llega
y te atrapa, y tu nombre profundo sobre el mapa
revive con los huesos y germina.

HABANA-VALENCIA

Entre las cartas a madres, que pude leer, prefiero las de José Cadalso (herido de muerte en Gibraltar, a principios de 1741), una de Mariano José de Larra (le confía a su madre el porqué de su suicidio), las de Paul Klee (le pide que lo perdone por ser artista), y en especial una de mi hermana que le declaraba a mamá (desde su escuela lejos de todas partes): ... *estoy aprendiendo a entender las cosas que tú nunca quisiste que yo entendiera.*

En la piedra lapidaria escribo:

Madre,
el dolor es un cuerpo de esplendor, y transcurre en incendiaria embestida, es necesaria la forma de su inocencia. Necesita la paciencia insistente de una herida, necesita del suicida. El dolor es una ausencia de dolor, un inservible pacto que adormece todo. Que duela sólo es un modo de hacer la herida creíble.

Madre, anochece, es terrible tallar la piedra desnuda: ¿Será mi dolor la duda encerrada en el destello total? ¿Será todo aquello donde mi dolor se escuda?

Me aúlla algún lobo gris que con mi madre anochece,
ya no espero a quien padece conmigo.

La cicatriz marca una nave feliz
que pronto se perderá. Hay un cuervo
más allá, y en el descarrío infiel
hay un nombre en el papel que con el dolor
se va.

LÁMINAS DE PROTESTA

La idea de este poema no consiente la revalorización épica de un acontecimiento de una magnitud (incluso visual) extraordinaria. Surgió del recuerdo de un machete o sable que poseyó mi abuelo y que, según él, perteneció a un importante oficial de la Guerra del 95. Yo era un niño y jamás puede aclararme de qué bando peleó aquél recio artefacto. Mi abuelo nunca me lo dijo y el sable desapareció algún día.

Yo te doy un jardín de rosaleda
y un rayo para que entres a Pamplona.
Te entrego el castañar de aquella zona
donde el vino se confunde en la seda.
Te doy una mitad del Espronceda
que vive entre mi sangre, de pirata,
y el flujo de Quevedo cuando mata
al Duque de Olivares sobre Vigo.
Te entrego una lámina como abrigo:
a Cervantes leyendo el Maranatha.

**Te doy una piel extraña,
hecha de pus, carcomida,
como la piel del suicida
que no se muere y engaña.
Te entrego la cruel hazaña
de derrotarme a mí mismo,
algo de paz y cinismo
juntos, te doy el deshecho
de mi nombre y todo un trecho
a mi casa en el abismo.**

Te doy una ciudad en Almería,
las aguas de Toledo, el haz de Goya,
tan lleno de mujer como una joya
que cambia su color: fotografía.
Te doy El Escorial, la algarabía
de Verdi cuando sale de Valencia,
una orden de Santiago, la inclemencia
que vuelve la marea hacia Cernuda,
o un encuentro en Segovia, o la desnuda
muchacha que te ofrezco en su inocencia.

**Yo te entrego una mujer
que ya no suena, un retrato
del traidor, otro relato
de neblina, al parecer.
Te doy lo que pude ser:
un ojo mortal, furtivo,
el nombre que siempre escribo:
un verdugo imprescindible
volviendo casi imposible
la máscara con que vivo.**

Te entrego a Moratín, a Gil Vicente,
a Lope, a Garcilaso, a Santillana,
la hierba del Russafa en la mañana,
un parque de Almudena y la corriente
del Duero en una foto sobre el puente.
Te doy de mi fortuna los extremos
de un barco en Gibraltar, vuelto a los remos.
Te entrego de Velázquez un cobarde
dibujo del guerrero hacia la tarde.
¿Nos entendemos? No nos entendemos.

**Te doy un miedo feroz,
la simpleza del espía,
la nieve que caería
y nunca cayó; la voz
de una herida tan atroz,
la que jamás sanaremos.
Te doy lo que padecemos:
el lobo y su vieja estampa,
el camino hacia la trampa
vil. Pues no nos entendemos.**

2

La isla, estoy en la isla, no he abandonado nunca la isla. Lo único que conozco es la isla, nada más. Y tampoco la conozco, pues nunca tuve fuerzas para mirarla.

El innombrable: Samuel Beckett

EL QUE TRAICIONA/EL QUE NO TRAICIONA

Mi amigo Denis B. me escribió desde Tampa, había llegado en balsa cuatro meses antes: *Si lo tengo que hacer otra vez, será para regresar.*

Del olvido volveremos –dicen los hijos más fieles–
con emergencias tan crueles sobre la espalda.
Crecemos, y con lámparas seremos
lo que el mar jamás restringe. ¿Nos quedamos
en la esfinge del recuerdo cada tarde?
¿O en el retrato cobarde que la ausencia
ya no finge?

O nos quedamos sin mar y en una bandera
muda
escribimos otra duda: ¿morir?, ¿vivir?, ¿despertar?
¿O el rostro de declarar lo vendemos
a la nada, sobre esa tierra
escarbada por los ojos?
Siempre lejos, cada día
en los espejos,
la memoria triturada.

Isla: cuerno de cemento, cáscara
de lo invisible,
y esa sustancia posible en todo desprendimiento.
Isla será como el viento que con nosotros
arrasa. Permanece, pero pasa, y en la distancia
me espera, como el ojo en la bandera,
como el viento en nuestra casa.

RESUMEN DE GUERRA

Para mí lo mejor de la película de Eisenstein no fue el famoso coche en la escalinata (la madre le grita a los cosacos: *no disparen, mi hijo se siente mal*), ni los leones de mármol en las escaleras que nos acercan al Palacio de Vorontsov (allí donde una lápida inscripta en árabe asegura: *La riqueza viene de Dios*), ni la entrada del Acorazado en escena. Ni las sombras de los soldados, ni la riña por una sopa de remolacha (la carne está podrida), ni la huelga en los ferrocarriles. Sólo la niebla, la niebla sobre Odesa, la niebla sobre Alupka, la niebla deshilachada por débiles pedazos de sol.

Vivo en alguna trinchera con el Potemkin,
custodio a Petesburgo,
y sin odio
también vendo su bandera.

Enemigo como yo era,
enemigo como un arco al que dejamos
un parco resonar, desinformaba los cañones,
vigilaba el mar,
inventaba el barco.

OSCURO COMO LA TUMBA DONDE YACE MI AMIGO

Tiene la sensación de que no hay aire, de que vive en un mundo sin aire, y lo puede presumir porque sabe que el rugido es tortuoso y el pecho se oprime.

Malcom Lowry.

Cae como cayó Lezama Lima,
sin ganas de caer, preso en el salto,
no cejes, no desistas, siempre es alto
el ojo que te sigue hasta la cima.
Cae como cayó Lezama Lima,
pero corre hacia Dios como si fueras
un hombre sin dolor y sin banderas
que vive junto a Dios pero lo ignora.
Adéntrate en el aire sin demora
y busca desde el vuelo otras fronteras.

Recuerda que en el salto sólo flota
la errátil vigilancia del paisaje,
y a veces la caída es sólo un viaje
que duele y que no duele, una remota
memoria de suicida: el ansia rota.
Quien salta deja atrás lo que es su grima:
la piel de una ciudad que ya no estima,
el miedo y el valor en la balanza,
el salto, su locura, y la tardanza.
Cae como cayó Lezama Lima.

BELLS**CAMPANAS***

Hart Crane vivió en Gerona, la isla del tesoro, no más. A nadie le importó eso. Era mejor que Robert Lowell, que Cumming, mejor que Ezra Pound, que Wallace Stevens, que todos los malditos *moderns poets* que él había inventado. Inventó, junto a Carl Sandburg, a Bukowski, a Raymond Carver, a Allen Ginsberg primero. ¿Lo imito yo, como un acto de desobediencia a las normas, o asumo sus atmósferas, el aire de ciudad, aire imposible? ¿Lo invento? Para no traicionarlo escribí estos poemas cerca de su tumba, o donde estuvo su tumba, en el cementerio de los ingleses, en Gerona, un día de noviembre de 1999.

Just ask whether I'm right,
if I'm sticking to my loss
I forget I never was
what I want; if modified
the insanity of the light
from the sobers; the concourse
of a lone man is a course
twisted as crowds in a looting;
inquire, then, why the shooting
opens the mouth to a discourse.

Pregunten si me equivoco,
si existo pegado a mí,
si me equivoco y no fui
el que yo quiero, si troco
la cordura de estar loco
y posible, si el concurso
del hombre sólo es un curso
ininteligible y raro.
Pregunten por qué el disparo
abre en la voz un discurso.

*Todas las traducciones son falsas. Todas pertenecen a un espíritu que titubea entre el ritmo, el acantilado de las palabras, y oxígeno, mucho oxígeno. Éstas, más que un juego, son la proporción de una aventura inspirada, minuciosamente, en el escenario lingüístico del inglés y de uno de los poetas que lo engrandecieron. Un ejemplo de ¿traducción?: CAMPANAS (obviando obligaciones rítmicas, métricas y estructurales, aquí sólo importa la raya discursiva): *Pregunta simplemente si estoy cierto / Si a mi pérdida me pego / Olvido que nunca fui / lo que quiero. Si cambiada / la locura de los cuerdos, el concurso / de un hombre sólo es un curso / torcido como una turba en pillaje / pregunta, entonces, por qué el disparo / abre la voz al discurso.*

Es un homenaje escribirlas así, pero ni siquiera eso salva la posibilidad del riesgo.

THE LINE OF THE LONELY MAN

The best of all is my fate
of being lost and coming back.
If I was always my pack
in every passage and date.
The past is God, wine and wait,
the North, the South and the lock
to lead the birds to my rock
that never left for tomorrow.
The past is a wall of sorrow
and a man with a sad mock.

LA LÍNEA DEL HOMBRE SOLO

Nada prefiero al destino
de perderme y haber vuelto,
si nunca estuvo resuelto
cada nombre del camino.
El pasado es Dios, el vino,
el norte y el sur, la clave
para que regrese un ave
que nunca partió al futuro.
El presente es sólo un muro
y un hombre con una llave.

SNAKE

My face promises to kill
because I'm also the dead,
the knife zeroes on my head,
mist and virgin, if the drill
of murder to which I'm still
linking my loads, like the sun,
the road is missing, the gun,
the stairs to God, weeps to be
for the wounds I bring with me
in my chest, like silent song.

SERPIENTE

Yo me parezco al que mato
porque soy también quien muere.
El cuchillo me prefiere,
bruma y virgen, y es el trato
homicida con quien ato
mi carga vieja. Deshecho
por mi culpa queda el trecho,
la llave a Dios, el mugido
a la herida que en su aullido
viene a matar en mi pecho.

HISTORIA DEL HOMBRE QUE SIEMPRE MATABAN

(Augusto Comte. Jovellar 241. Agosto de 1966, según mi padre).

Dónde escondo el desafío
más oscuro, el que no duele,
el que no mata, el que suele
amistarnos con el frío.

Dónde pierdo mi extravío,
mi culpa en una emboscada
que transcurre de mirada
en mirada. Cómo acierto
mi vieja mitad de muerto,
tranquila ya, demorada.

HISTORIA DEL HOMBRE QUE NUNCA MATABAN

(Ignacio Peralta, Santiago de las Vegas. Octubre de 1975. Según Daniel S)

Yo era desigual por dentro,
no llevaba una bandera,
no me buscaba, yo no era
quien resistía un encuentro
y con la verdad por centro
siempre fingía gritar.
Ya no me quiero escapar,
morir es mi sacerdocio,
mi aventura. Mi negocio
es el dejarme matar

CÁNTICO ESPIRITUAL

Creo en Dios, en San Juan de la Cruz y en Vallejo, le dije a un cura polaco que creía que Bergman, Wagda y Kiarostami, entre otros, estaban condenados a testamentar por Dios. Si él había visto todo ese cine, yo me atrevía también a dar mi testimonio.

Para F.L.

Si yo pudiera ser Dios
y ocultarme tras la luna
del Ebro, si me diera una
oportunidad, mi tos
no traicionara ese atroz
equilibrio a la deriva,
si pudiera una diatriba
a ultranza del condenado,
si yo estuviera a Su lado,
si me muriera allá arriba.

Qué poco para volar.
Quizás la madre prefiera
el Egeo a una hoguera
donde no pueda nevar.
Yo quise un parto del mar
y arrastrarme hacia las flores
sin certidumbres ni olores.
Afuera estaba la piel
y una patria de papel
que vendía mis dolores.

Y acaso fuera imposible
ser Dios y no padecerlo,
o en la bandera tenerlo
como una estrella tangible.
La verdad no es disponible
a ciertas horas. Divierte
esa purga con la suerte,
cuando me asoma el peñasco
para lanzarme con asco
a la patria de mi muerte.

Hay que estar en el madero
y conocer el temblor
de esa madre sin olor
ante su hijo, yo prefiero
la orfandad de algún dinero
a esta marca sin sonido.
Ya mi pecho carcomido
como una isla descansa.
¿Partir será otra esperanza?
¿O partir es el olvido?

Si yo pudiera ser Dios
y escudarme en la ceniza
de Abel, si viese a María
transformada al esplendor
de la noche en Dresde; yo,
que tuve nombre una vez
y en el frío pude ver
mis esperanzas de miedo,
entro desnudo a ese cielo
que bajo Dios dibujé.

Y es difícil o imagino
que Dios estuvo cerrado
por reparaciones, dado
como una flauta y un trino,
con el ángel que no vino
a comer la ungida cena.
Ni el destello de quien truena,
ni el vientre del trashumante
pueden inventar delante
el cielo sobre la arena.

Pero es difícil, lo sé,
como si no ardiera el cielo
en las noches del desvelo
impío, y aunque ayuné,
en la escudilla de fe
jamás volví mi cuchara.
Quise que Dios vigilara,
quise una forma del diablo

en esa carta de Pablo
perdida en una mampara.

Nada seré si no elijo
la mitad de mi escenario
y un muerto y un obituario
para cobijar al hijo.
No me salva el amasijo
ni un dios que se sacrifique
porque la patria le indique
morirse como un traidor.
No me salva el esplendor,
ni que Dios me crucifique.

Lo vi todo: la amargura
de mi madre y el reflejo
de la piel en un espejo
que tradujo mi locura.
Vi el bosque y la sepultura,
vi quien encendió mi hoguera
sin importarle que afuera
la libertad descansaba.
Vi que mi sueño inventaba
para Dios una frontera.

Vi en la hierba de Belén
cómo alumbraba María
y vi al hijo que nacía
en las mieles del edén.
Yo vi a mi madre también
empujándome hacia afuera,
vi la cigüeña que no era
en su viaje de París,
vi en la noche del país
a Dios con otra bandera.

Vi la mesa con el vino,
vi los naipes sin remedio
y la manzana en el medio
de la flecha, vi un camino
que escogía el peregrino,

vi las luces, la piedad,
y una casa sin edad
ni cerrojos, y me fui
por ella, con lo que vi
en la prohibida ciudad.

Me condenó la mordida
del Santo Judas cobarde,
que yo buscaba en la tarde
de Londres. Tuve una herida
blanca pero arrepentida
sobre la línea del cielo.
Quizás comenzaba un vuelo,
o tal vez la retirada
ante un Cristo que mi espada
pudo conquistar del suelo.

Nombré las cosas primero
y después las destruí,
dije Vida y la prohibí
en los clavos del madero,
llamé Muerte a un sendero
que mi madre recorría,
y confundí la agonía
con el ruido de algún piano,
dije Caín a su hermano,
y se hizo la noche un día.

Estuve arriba, fui Dios,
y Dios me entregó su Casa,
su Jardín y aquella masa
de la Creación. La voz
de mi silencio fue atroz
como las fotos primeras.
Vivo arriba otras barreras
y sueño un sueño imposible.
Ya soy Dios, pero es terrible
ser Dios de todas maneras.

Y aunque despierte, mi pena
ya no estuvo en el lindero.
Veo a mi madre y prefiero
en el pan que me encadena
el hambre de alguna cena
prohibida. Ya sé del viaje
y de ese Dios que no traje
conmigo. Ya sé la muerte
como una luz que pervierte
la levedad del paisaje.

AULLIDOS SOBRE FONDO AZUL

1- (Sobre el nido del Cuco)

Raúl Hernández Novás persistió con un revólver hosco y casi inservible que no se atrevía a impulsar la única bala que guardaba adentro en muchos años. Persistió, sin embargo.

Yo pienso en los suicidas
que no mueren
y en los que son muy viejos
pero estallan con un piano de miedo las medallas
del dolor y la madre,
ya anochece con un humo de lámpara
en el puente que yo debo cruzar
con disimulo. Me llaman y no respondo,
mi impulso convence a la montaña
de acercarse.
Yo pienso en los suicidas
y en la carne que llama y me protege
en su refugio.

2- (Tabla de salvación)

Paul Celan, desquiciado igual, buscó en las profundidades del Sena sus otras profundidades. La imagen de su suicidio, que sólo Dios presenció, fue, seguro, un atolladero de imágenes siniestras: era un gran nadador, pero no quiso salir jamás a flote. Como Safo, como Virginia Woolf, como Alfonsina Storni, resistió hasta el final.

Salta ya, Paul Celan,
salta
al río que habrá pasado.
No saltes
como un ahogado, no saltes porque
te falta el poco de mar
que exalta y se esconderá
después. Sé en el cuerpo
desnudez, no quietud,
sé la estampida, y en una muerte
con vida,
no seas agua,
sé pez.

Se hundió como una piedra, con los ojos abiertos y vio el agua cada vez más negra y las burbujas que salían de sus labios y luego, con un movimiento de piernas involuntario, salió a flote. Las olas no le dejaron ver la playa, sólo las rocas y a los lejos los mástiles de una embarcación de recreo o de pesca. Después volvió a hundirse. Tampoco en esta ocasión cerró los ojos: movió la cabeza con calma (calma de anestesiado) y buscó con la mirada algo, lo que fuera, pero que fuera hermoso, para retenerlo en el instante final.

Roberto Bolaño en “Estrella distante”

FOTOS DE 1983

Yo era muy niño cuando mi padre escapó de casa. Hoy, en la neblina de ese rencor, curado de rabia y odio, le dedico este breve recuerdo.

Aldea de los vivos, de los que nunca mueren.

Vicente Aleixandre

Busco a un niño en la neblina,
a una mujer que envejece,
a un hombre, o a lo que parece
ser un hombre en la neblina.
Son las fotos que imagina
mi conciencia. Son la piel
de alguna mentira fiel
que imagino. Las invento
como un animal y siento
que llaman desde el papel.

PEQUEÑA ELEGÍA A ÁNGEL ESCOBAR

Había utilizado una idea de Joseph Brodsky para ampliar otras ideas. Lo mismo que para John Donne, o para Cioran, igual sentido tendría decirle adiós a Ángel Escobar.

Ángel se ha dormido y todo
 duerme a su lado. La leña,
 el olmo, alguna cigüeña
 que volaba antes. Un codo
 de bellotas, un recodo
 del traspatio, una ventana,
 la gruta, la porcelana
 caliza de los tazones.
 Se duermen los eslabones,
 la fucsia, el perro, la rana

blancuzca. En una alacena
 se han echado los guardianes,
 la luz, el brezo, los panes
 guardados por la quincena
 dormida. Duermen la cena,
 las cómodas, los cerrojos,
 la sangre con sus abrojos
 de San Arcángel. El muro
 duerme blanco, casi oscuro,
 y el libro cierra los ojos.

Se duerme la noche inglesa,
 profundamente, y obstruye
 el averno que construye
 un lobo. Duermen la mesa,
 los pájaros, la cerveza
Stock Ale, los peregrinos
 que prefieren los caminos
 a una piedra en la ciudad.
 Duermen mares, la verdad,
 la ceniza, los marinos,

la borrasca, las tabernas,
 los arroyos, los países,

las sílabas infelices,
el abeto, las eternas
mazmorras, el sol, las piernas
del Leteo, los amigos,
la madre, los enemigos.
Duermen la espuma, la ley,
el prisionero y el rey.
Se duermen ya los testigos

finales. Se duermen Dios
y el diablo. Ya no hay sonidos,
sólo sueños, sólo olvidos.
Duerme la rima, el adiós
en unos yambos sin voz
ni líneas. Duerme el creíble
Cielo. Todo es invisible.
Ángel los abraza y lucha
sin volver. Nada se escucha.
Ya no hay regreso posible.

AUTORRETRATO CON PIEL DE MÁSCARA

Según Borges, uno se pasa el 80 % de la vida imitando a los demás. Mis poemas navegan por esas aguas. Algunos, o muchos, Dios o Borges saben. He jugado a inventar a Enrique Gil, López de Ayala, Moratin, Juan de Encina, algunos romanceros, Quevedo, Machado, Gerardo Diego, y más. Puro truco, puro *remake*, puro barco español. Y, acaso, la imitación sea la salida más original ante el otro 20 % desgastado y con límites. De Jesús Orta Ruiz tomo en préstamo algunas deducciones sobre el olvido.

¿Qué eres, olvido, ante mí?
 ¿Una pregunta, otro nombre
 exótico o aquel hombre
 hecho de pus y de ti?
 ¿La voz que no preferí,
 el vino breve y un falso
 conjuro? ¿El fervor descalzo,
 o la estatua envejecida?
 ¿O una demencia vendida
 al redoble del cadalso?

¿Oveja? ¿Lobo? ¿Pastor?
 ¿Repugnancia? ¿Mosca? ¿Errata?
 ¿La bala que no me mata?
 ¿El dolor que da el dolor?
 ¿Piedra de vejez? ¿Rencor?
 ¿Insecto? ¿Consigna? ¿Ultraje?
 ¿Lepra? ¿Herrumbre? ¿No lenguaje?
 ¿No poema? ¿No dialecto?
 ¿El epitafio perfecto?
 ¿O la ausencia para el viaje?

Tendré que olvidar los muertos,
 los vivos, los que vendrán,
 o aquellos que escucharán
 mi relámpago en los puertos.
 Tendré que olvidar inciertos
 y alumbrados acertijos,
 saltar por los escondrijos
 y antes que la noche suba,
 tendré que olvidar a Cuba,
 la noche, a Dios, a mis hijos.

Los dos fuimos lo contrario:
un parto de la locura,
o la vieja sepultura
llamándonos a diario.
Fui yo con el obituario
a renombrar lo vivido:
una cumbre, el estallido,
padres, hijos, casa, nombre,
una patria, un Dios, y un hombre
con memoria en el olvido.

LA ISLA EN PESO

Sé viento, sé tempestad.

Percy B. Shelley

El aire que obedece a la bandera
 se escapa como un perro
 para Dante, e imita con la piedra
 un solo instante de una isla
 que encarna su frontera. Yo sé la cuchillada,
 no me espera el óxido de un barco,
 y una cruz no detiene
 la herida con el pus para un lobo perdido
 al que me entrego.
 Pero me quemas, Isla,
 desde el fuego con que inventas las noches
 y la luz.

*Tengo un amor,
 un niño,
 un banjo
 y unas sombras.
 Pérdidas de Dios.
 Todo se va
 y, algún día,
 nos quedamos
 tan solo
 con las sombras.*

Carl Sandburg